

UNO SESENTA Y SIETE

Alfredo Fdez. Alameda

(Notas en la página 26)

U n o

LA COCINA era el único lugar habitable durante el invierno. El hogar de carbón que mi madre encendía a primera hora de la mañana e iba alimentando durante el día con las briquetas que mi padre traía a casa en su cesta de mimbre cuando regresaba del servicio, mantenía la estancia al abrigo del frío, que para aquellas fechas se instalaba en el resto de la casa. Mi hermana y yo estábamos acabando los deberes apresuradamente para poder escuchar la radio. Los miércoles daban «Matilde, Perico y Periquín», un serial de humor con el que nos desternillábamos los cuatro. Mi hermano Mario era todavía muy pequeño, por eso no le cuento. Cada miércoles, Periquín organizaba alguna trastada que indefectiblemente concluía con los lamentos de niño clamando clemencia. Hasta mucho más tarde no supe que el niño Periquín era en realidad una famosa locutora llamada Matilde Vilariño.

Tras la sopa de cada noche, mi madre hizo unos huevos fritos con pimientos. A mi padre siempre le ponía dos. A mí me parecía mal que a él le pusiera dos mientras que nosotros habíamos de conformarnos con uno. Años des-

pués, cuando la memoria quiso, reparé en que ella no se servía ninguno.

Estaba calentando agua para llenar las botellas que luego nos llevaríamos a la cama para templar las sábanas, cuando alguien golpeó con fuerza dos veces la puerta de la calle, mis padres se miraron en silencio y con incertidumbre durante un par de segundos. Mi madre se deshizo del delantal y nos empujó sin miramientos a mi hermana y a mí hacia el dormitorio desoyendo nuestras protestas. Uno de los guardiaciviles que esperaban fuera golpeó nuevamente la puerta con la culata del mosquetón. Mi madre detuvo con un gesto a mi padre y le dijo en voz baja que permaneciese en la cocina, cerró la puerta y se dirigió a la entrada.

—¿Quién es? —preguntó con voz cobarde.

—La Guardia Civil.

—¿Qué quieren a estas horas? Mi marido no está en casa.

—Es mejor que abra, señora.

Mi hermana y yo observábamos tras la puerta del dormitorio, ligeramente abierta.

—Les digo que mi marido no está en casa, estoy sola con mis hijos.

—Si no abre nos veremos en la necesidad de echar la puerta abajo.

Mi padre salió de la cocina y con pasos decididos apartó a mi madre y abrió la puerta por la que se coló un poco de nieve volando sobre una ráfaga de viento. Los capotes de *la pareja* ondulaban tras ellos como si quisieran huir de sus cuerpos. La bombilla que había sobre el dintel llenaba

de sombras las caras de los recién llegados dándoles un aspecto siniestro que nunca pude olvidar. Uno de los dos habló:

—¿Es usted Mario Fernández?

—Yo soy —dijo con decisión mi padre.

—Pues tiene que acompañarnos.

—¿Adónde y para qué? —la voz sonora, grave y autoritaria de mi padre permanece en mi recuerdo.

—Eso ya lo verá. Ahora acompáñenos.

—Voy a coger el chaquetón —dio media vuelta y se metió en casa. Al minuto salió abrigado y cubriéndose la cabeza con su inseparable boina.

Mi madre se colgó de su brazo.

—¿Qué pasa, Mario, adónde te llevan?

—Es por la huelga. Acuéstate y no te preocupes que no me pasará nada.

Mi madre se quedó un instante en el umbral abrazándose para protegerse del frío viento que invadía la casa mientras veía alejarse a los tres hombres; finalmente cerró la puerta y nos explicó que algunos ferroviarios se habían negado a trabajar hasta que se atendiesen sus requerimientos. A eso se le llamaba hacer huelga y por lo que pude comprender entonces, me pareció poco recomendable.

A los pocos días mi padre regresó a casa, habló mucho con mi madre y ya no volvió al depósito (1). Un mes después fuimos a despedirle a la estación, pero esta vez no subió a la locomotora con un salto que mostraba toda su agilidad y destreza; me gustaba ver a mi padre encara-

mándose de aquella manera a la plataforma —que entonces me parecía altísima— y desde arriba hacerme un guiño mientras adoptaba la posición de un boxeador que se lanza a la pelea. Así se despedía siempre. Después, el fogonero hacía silbar dos veces a la vieja Santa Fe y ella respondía poniendo en marcha las bielas entre sonoros resoplidos de vapor.

Pero esta vez no subió a la locomotora, esta vez entró en un coche de viajeros alejado de ella. Antes, en el andén repleto de gente, se puso a mi altura apoyando una rodilla en el suelo y tras un largo y apretado abrazo me dijo:

—Ahora tú serás el hombre de la casa ¿sabes lo que quiero decir? —le dije que no—. Pues que a partir de ahora tendrás que ser la mejor ayuda para tu madre y un ejemplo para tus hermanos.

Desde la ventana del departamento cogió las manos de mi madre y ambos se miraron sin hablarse. Después del silbato: gritos, adioses, lágrimas y brazos agitando pañuelos hasta que el furgón de cola se fue haciendo pequeño y la niebla se lo comió.

Mi padre se fue. Se alejó irremediabilmente de nosotros en un tren lleno de hombres jóvenes rumbo a un país lejano que se llamaba Alemania.

D o s

DESASÍ DE mi brazo la mano de mi mujer y le dije que no se preocupara, que todo se debía a la huelga y que no iba a pasar nada malo. Me calé la boina y me fui con la pareja. Ni siquiera me despedí de mis hijos.

El coche era viejo y olía a picadura y a garita de guardia. Durante el trayecto nadie habló. Las luces del auto chocaban con una cortina de copos de nieve que se agitaban inquietos al compás nervioso del ventarrón. Llegamos hasta la tapia que cerraba el recinto del depósito y el vehículo paró junto a la pequeña verja de entrada. El guardiacivil que viajaba atrás salió con dificultad, golpeando sin querer la culata contra el quicio de la puerta y el cañón contra el tricornio, que fue a parar sobre la nieve, el capote se le enredó entre las piernas y cayó aparatosamente al suelo. Se levantó maldiciendo, sacudió la nieve del tricornio y recompuso dignamente la figura.

—¡Vamos, salga! —se dirigió a mí—. Tú espera aquí que ahora vuelvo —se dirigió al chófer. Encendió una linterna y con un ademán me ordenó que caminase delante de él. Entramos por aquella puerta secundaria precedidos del

haz de luz que el guardia procuraba lanzar algunos metros por delante de mí. Atravesamos un entramado de vías junto a montones de traviesas grasientas coronadas de nieve que se apilaban desordenadamente aquí y allá. En la oscuridad lejana resplandecía la luz de los hangares.

Leciñana, el jefe de maquinistas, se levantó al vernos entrar en el cuartucho que le servía de oficina.

—Lo siento, Mario, pero tienes que llevar el mixto (2) a Soria, ahora mismo.

—¡Esquirol! —le espeté a un metro de su cara—. ¡Eres peor que ellos!

El guardia me hundió la culata en el estómago y caí sobre mis rodillas. Quise gritar un exabrupto pero el golpe me había dejado sin aire y dolorido. Cuando recobré el aliento tenía la boca del cañón del mosquetón besándome la nuca.

—Vuelve a abrir la boca y te vuelo la cabeza, ¡rojo!

Me incorporé despacio. El guardia se separó un metro sin dejar de encañonarme.

—¿Dónde está el tren? —pregunté.

—En la estación, listo para salir.

—¿Quién viene conmigo?

—Zapata.

—¿Zapata? —pregunté incrédulo—. Pero si es un niño, joder. Todavía no ha salido a la línea.

—No tenemos otro fogonero disponible, así que tendrás que apañarte con él.

—Quiero revisar el tren.

—Ni hablar. Ya te digo que está listo para salir y esperándote en la estación.

—¿Qué llevamos?

—Cemento, madera, abonos y correo.

—Y viajeros.

—Claro.

—¿Cuántas toneladas?

—Te digo que todo está bien, el jefe de tren lleva la documentación.

—¿Quiero ver el libro de reparaciones?

—¡No!

—Pues no salgo.

El guardia adelantó un paso, Leciñana le detuvo con un gesto.

—Te digo que todo está bien. No tenemos más tiempo que perder. Los viajeros llevan una hora subidos a los coches, tengo dos maquinistas detenidos en el cuartelillo y otros dos en el hospital, por insensatos, así que no me jodas más, Mario, sube a la locomotora y quita ese tren de mi vista de una puta vez.

Un tractor (3) me acercó hasta la cabecera (4) donde me esperaba Zapata subido en la Mikado (5).

—Y tú, ¿qué? ¿la huelga no va contigo? —pregunté con ironía al compañero del tractor.

—Me ha ido a buscar la pareja a casa y me han traído a hostias; mira: —me mostró un chichón de buen tamaño, en tecnicolor, que tenía encima de la oreja izquierda—. Los muy hijoputas no se anduvieron con miramientos.

—¡Joder! Lo siento, chaval, a mí también me han traído a punta de bayoneta.

—Está la cosa buena. Con estos cabrones no hay forma, tienen la sartén por el mango y no hay nada que hacer.

Como decía, Zapata estaba ya subido en la máquina. Cuando me vio aparecer se le iluminaron los ojillos. De un salto me encaramé a la Mikado. Zapata era un novicio macilento, el susto que tenía no contribuía a mejorar su aspecto. Puse una mano sobre su hombro para reconfortarle.

—A ti también te han jodido, ¿eh?

Con los ojos me indicó que teníamos compañía. Volví la cabeza y encontré a un encapotado guardiacivil junto al tender (6), tieso como un garrote, que nos miraba sin pestañear. Me dirigí al fogonero.

—Y éste ¿qué hace aquí? —Zapata se encogió de hombros.

—Tengo orden de acompañarles y cuidar de que todo vaya bien —intervino el intruso, impostando la voz.

—¿Ah, sí? ¿Es usted maquinista, acaso, o ferroviario, al menos? —el hombre contestó que era guardiacivil.

—Pues menuda ayuda —le respondí despectivamente dándole la espalda.

El jefe de estación se acercó al pie de la locomotora portando un farol en la mano.

—¡Ya era hora de que aparecieses. Tengo a los viajeros *soliviantaos!*

—Tú a lo tuyo —le contesté—, da la salida y ve a lamer el culo al jefe.

—¡Vete a la mierda! —me contestó, en justa correspondencia— y te quedas allí una temporada.

Alzó el farol un par de veces, dio media vuelta y se fue caminando hacia el centro del andén. Enseguida se oyó por los altavoces: «Tren mixto con destino a Soria va a efectuar su salida inmediatamente». Una buena parte de la gente que ocupaba el andén se apresuró a subir a los coches. El factor hizo sonar el silbato largamente, después desplegó el banderín y lo elevó sobre su cabeza con el brazo estirado para que lo viésemos.

—Ya, Mario, tenemos vía libre —anunció Zapata.

El potente silbato de la locomotora se hizo oír, y tras él, el lento desperezar de las bielas entre bufidos de vapor que inundaban el andén, puso el tren en marcha.

T r e s

POR FIN llegó el maquinista, subió a la locomotora sin reparar en mi presencia y cambió algunas palabras con el muchacho que estaba conmigo desde hacía casi una hora. Cuando se percató de mi presencia no pareció hacerle mucha gracia. Es comprensible. Le dije que me habían ordenado acompañarles, dijo algo despectivamente y me recomendó no estorbar. Yo guardé silencio. Era un hombre alto y muy moreno, vestía un chaquetón de paño oscuro y se cubría la cabeza con una boina. De su lengua afilada puede dar fe el jefe de estación cuando le recriminó por su tardanza.

Al poco de iniciar la marcha el maquinista preguntó al fogonero:

—¿Cómo tenemos al tanque?

—No llega a veinte mil litros.

—Anda, ve migando briquetas que nos espera una noche cojonuda.

Después se puso a revisar cosas y a hacer algunas anotaciones en una libreta. Mientras, el muchacho desmenuzaba carbón en la plataforma que había entre el tónder y la

locomotora. Sin nada reseñable llegamos a Guadalajara. Durante el trayecto hablaban de la huelga en voz baja, mirándome a hurtadillas de cuando en cuando.

Tras cargar agua me invitaron a tomar un café en la cantina de la estación mientras los mozos sacaban y metían sacas en el furgón correo. La verdad es que estaba muerto de frío así que acepté la invitación. En el andén se unió a nosotros un tal Amós que, según supe más tarde, se ocupaba de mantener en hora los relojes de las estaciones de aquella línea. Al volver a la locomotora el jefe de estación avisó al maquinista de que tuviera cuidado ya que había una brigada de «Vías y obras» (7) trabajando a pocos kilómetros.

Al Salir de la cantina los dos ferroviarios se mostraron menos distantes conmigo, incluso me ofrecieron una pequeña banqueta para que las horas de viaje fueran más llevaderas. A pesar de su aspecto de alfeñique, el joven Zapata se daba buena maña en alimentar aquella insaciable boca de fuego, logrando que el tren devorase kilómetros de campos cubiertos de nieve.

—Deja eso un rato que tenemos buena presión y ven a echar un pito —el fogonero dejó la pala, cerró el hogar y se sacudió las manos para tomar el cigarrillo que el maquinista le ofrecía. También a mí me alargó la cajetilla para que fumase con ellos. Con la primera bocanada me aventuré a preguntar:

—¿Por qué hacéis la huelga? —me miraron con tanta extrañeza como a un marciano—. ¿Es por el sueldo?

—Es por un millón de cosas y naturalmente también por dinero; pero en esta ocasión no es lo primordial.

—Lo pregunto por hablar de algo... Yo, la verdad es que no sé lo que está pasando.

—Ya, pero contigo no podemos hablar de ciertas cosas, no eres de los nuestros; peor, vosotros sois parte del enemigo. Los mejores valedores de la represión —Mario hizo una pausa para chupar el cigarrillo y luego continuó—: ¿sabes que hay dos compañeros en el hospital por resistirse a trabajar? —negué con la cabeza—. Y... ¿Sabes quiénes los mandaron al hospital?

Guardé silencio, Mario tenía razón, yo era parte del enemigo.

—Esto no hay quien lo aguante, yo me voy a Alemania —soltó de sopetón Zapata, y lanzó la colilla a la oscuridad de la noche. Después se asomó a la vía.

—Ahí están los de Vías y obras —Mario dejó escapar un poco de vapor para bajar la presión de la caldera y accionó el silbato dos veces. La máquina cantó su melodía rasgando el silencio de la noche y, algunos minutos después, el tren pasó despacio junto a la brigada de obreros. Daba lástima verlos allí, junto al balasto (8), mal vestidos con ropas pobres y escasas; con el mazo o la barra de ripar (9) en las manos desnudas, en aquella noche de frío inmisericorde.

—¿Qué es eso de que te vas a Alemania? —preguntó Mario cuando ya los focos con que se alumbraban a los harapientos trabajadores quedaron atrás..

—Como te lo estoy diciendo. Aquí no aguanto más. Me dan los peores servicios y si me quejo me mandan a maniobras (10) y no veo una perra (11). Esto no es vida, nos tratan como a esclavos. Aquí no hay futuro para nadie.

—Y... ¿Cuándo te irás?

—En un mes, aproximadamente.

—Pero..., habrás pedido una excedencia, ¿no?

—No. No pienso volver a este puto país y mucho menos a esta puta Renfe.

—¿Dónde trabajarás?

—En una siderúrgica de Colonia, se llama *Reinkhabel* o algo parecido; está admitiendo obreros a mansalva.

—Entonces, ¿dejas las máquinas?

—Sí. Y tú, si fueses listo, harías lo mismo.

—Yo no puedo alejarme de estos cacharros —dio una palmadita al regulador de presión—, los llevo en la sangre. Además tengo tres hijos y con lo que me ha costado conseguir el nombramiento de maquinista no lo voy a tirar ahora al cesto de los papeles. Mi caso es diferente, pero tú haces bien, eres joven.

—¿Sabes cuánto pagan?

—Mejor que aquí, con toda seguridad.

—Cuatrocientos veinticinco marcos a la semana.

—¿Y eso cuánto es en cristiano?

—Pues a quince pesetas por marco, echa la cuenta.

Mario hizo un cálculo rápido y después lanzó un silbido de asombro.

—¡Más de veinticinco mil pesetas al mes! ¿Estás seguro de lo que dices? ¿No será una fantasía tuya?

—Y además te proporcionan habitación; y si no puedes pagarte el viaje, te adelantan el dinero.

—¿Quién te ha arreglado los papeles?

—Un amigo de mi padre que trabaja para el Instituto Nacional de Emigración.

Comparado con mi sueldo de guardiacivil aquello me pareció una fortuna, así que pregunté qué pedían.

—Nada especial, certificado médico y no tener antecedentes penales —contestó el fogonero Zapata.

—¿No hay que tener un oficio? —quise saber.

—Si vas de especialista, sí, pero para especialistas ya están ellos, lo que necesita es mano de obra monda y lironda, como yo.

—¿Y no tendrán sitio para mí en la Renfe alemana? —intervino bromeando Mario.

—Para eso hay que hablar alemán. Imagínate la pasta que debe ganar un maquinista allí cuando a los peones les pagan así.

La Mikado arrastraba el tren a ochenta kilómetros por hora sobres las blancas llanuras onduladas de Guadalajara en aquella noche fría y borrascosa. El poderoso batir de las bielas, con su incesante y monótona melodía, nos proporcionaba una especie de cobijo espiritual y seguridad física.

Mario se mantenía atento a los controles de la locomotora cuando no permanecía asomado vigilando la vía, con la boina en el bolsillo trasero del pantalón para que el viento no se la arrancase de la cabeza, y las gafas de motociclista bien ajustadas. Mientras, el joven fogonero rompía bri-

quetas con un mazo que parecía superarle. Cuando el maquinista se lo indicaba, abría la boca del infierno y alimentaba al monstruo.

Envuelto en el capote para mitigar el aire frío que a bocanadas se colaba, permanecía yo sentado en un rincón sobre la banqueta prestada, procurando no estorbar, según se me había dicho.

—¿De dónde eres? —se dirigió Mario a mí mientras me alargaba un cigarrillo.

—De Alcañices, provincia de Zamora, junto a la frontera de Portugal —me incorporé para aprovechar la llama que me ofrecía envuelta en sus manos grandes y poderosas —¿Y usted?

—De tú, que ya hemos tomado café juntos. De Avilés, de una barriada llamada La Maruca. Después de la guerra mi familia se fue a Madrid. Llevas poco tiempo en el cuerpo, ¿verdad?

—Ya hace un año.

—¿Cómo fue lo de hacerte guardia?

—Cuando me llamaron a filas me propuse no regresar al pueblo. En el cuartel donde serví había anuncios reclutando soldados para ingresar en la Guardia Civil. Así entré en el cuerpo.

—Y... ¿Estás contento?

El tono llevaba reproche. No supe qué responder. Ciertamente no estaba contento, pero tampoco diría que en el pueblo me hubiera ido mucho mejor.

—No me hagas caso. No sé lo que me digo. Olvida la pregunta. Cada uno debe seguir su propio camino.

Volvió a sus tareas.

Al atravesar los pequeños y desiertos pueblos sin parada, la locomotora lanzaba un pitido largo y agudo que rompía el silencio de la madrugada avisando a todos, a nadie, de su paso.

Ahora era el fogonero quien asomado a la vía, gritó para hacerse oír sobre el ruido de las bielas, los resoplidos del vapor y el azote del viento:

—¡Mario, la avanzada (12) nos avisa de parada!

—¿Estás seguro? Estamos llegando a Torralba.

— Parada, Mario, parada. Algo debe pasar —respondió el fogonero.

El maquinista tiró del regulador de presión y la aguja del manómetro situado en la parte superior de la marquesina empezó a perder atmósferas. Efectivamente, cuando llegaron a la principal (13), la señal estaba en rojo. A lo lejos, en la estación, se adivinaba tumulto sobre el andén. Esperaron diez minutos. La señal seguía sin darles paso.

—Avanza despacio hasta las agujas y espera —ordenó Mario al fogonero —. Voy a ver qué pasa.

—Te acompaño —dije, cogiendo el mosquetón que dormía en una esquina.

—No, es mejor que os quedéis los dos. En cuanto me entere vuelvo. Si entre tanto nos dan vía libre, lleva el tren hasta la estación —ordenó a Zapata—, ¿de acuerdo?

Sin esperar una respuesta que ya conocía, abandonó la máquina. Pronto fue un bulto negro en la oscuridad precedido de la zigzagueante luz de su linterna.

C u a t r o

ME BAJÉ de la máquina y encendí la linterna. El frío era intenso. Alcé las solapas del chaquetón y encogí el cuello para protegerme del viento gélido que me cortaba la cara. Cerca del soberbio edificio —excesivo a todas luces para una estación como la de Torralba— alguien se desgajó del grupo y vino a mi encuentro. Erguí la cabeza y enfrenté la mirada al que venía. Nos conocíamos.

—¡Coño, Mario! ¿Eres tú? ¡Vaya sorpresa! —nos estrechamos las manos—. En mala hora vienes.

—¿Qué sucede?

—Hemos tenido follón. Aún no sé cómo acabará la fiesta pero tiene mala pinta —era Anselmo Torres, un veterano maquinista madrileño destinado en Soria—. *El Sediles* no se presentó al servicio y la pareja, un par de bestias, fue a buscarle a su casa. El caso es que como la mujer no quiso decirles dónde estaba la emprendieron a golpes con ella —escuché en silencio para no interrumpir la historia, parado, frente a él, a escasos metros del nutrido grupo de ferroviarios. Anselmo continuó el relato—: a los muy

animales les importó poco que el hijo estuviera delante. A ella le han puesto la cara como un mapa, pero ahí no acaba la cosa, el cabrón del vecino que sabe que el marido se oculta en un cobertizo, no lejos de allí, va al cuartel y se lo casca al cabo. Van a buscarle y el muy idiota se enfrenta a la patrulla con una hoz; y eso que todavía no sabía lo que le habían hecho a la mujer.

—Bueno —pregunté impaciente -. ¿Qué pasó? ¿Lo detuvieron?

—¿Detenerle? Le han dado una paliza de muerte. Lo tiene don Joaquín, el médico, en su casa.

—¿Y qué hacéis todos aquí en la estación a estas horas?

—¡Agárrate! En cuanto se ha corrido la voz unos compañeros han ido a buscar al vecino y lo tienen atado de pies y manos en la oficina del factor.

—Joder, vaya panorama. Y la Guardia Civil, ¿qué?

—Yo creo que están acojonados y no se atreven a aparecer por aquí.

—¿Quién lleva la voz cantante?

—Julián, el factor —no le conocía mucho, salvo que era un sujeto flaco, mal encarado y con modales avinagrados—. Ahora vendrá, ha ido a llevar a la mujer y al hijo *del* Sediles, también, a casa del médico.

—Bueno, y yo, ¿qué hago con el tren? ¿Está por aquí el jefe de estación?

—Ahora, Julián es el factor, el jefe de estación y hasta el mozo de cuerda.

—¡Pues estamos listos! Anda, acompáñame, a ver si podemos hablar con el puesto de mando.

Acababa de descolgar el teléfono cuando entró en la oficina Julián, ciego de ira, con una escopeta de caza en la mano.

—¡Voy a matar a ese cabrón! ¿Dónde está? —volví a dejar el aparato sobre su base y me enfrente a él.

—No seas animal y deja esa escopeta.

—Si hubieses visto *al* Sediles y a su mujer no dirías eso —me gritó a la cara—. Voy a acabar con ese chivato.

Con la ayuda de Anselmo me llevé al factor fuera de la oficina. Reuní a todos los que estaban en el andén en la sala de espera de la estación y les hablé:

—¡Escuchadme!: tengo un tren con pasajeros esperando entrar en la estación, cuando lo haga, todos os habréis ido a casa. Olvidaos de este asunto y volved con vuestras familias, bastante mal están ya las cosas para que las empeoremos con un linchamiento.

—¡De eso nada! —intervino Julián—. El chivato no se va a ir de vacío. Y tú —se dirigió a mí— ya puedes traer el tren porque va a pasar aquí la noche. Ya está bien de cachondeo. Esta vez la huelga se va a respetar.

—Escucha, Julián, si meto el tren en la estación habrá muchos testigos de lo loco que estás. No hay nada que hacer, dentro de poco estará aquí la Guardia Civil y para entonces esto tiene que haber terminado.

—Esos tienen más miedo que el cabrón que tenemos ahí dentro —se burló Julián—. Si no estuvieran cagaos ya habrían venido —levantó la escopeta y gritó—: ¡Venga, basta de charla y vamos a dar su merecido a ese soplón!

Sin más argumentos se puso en marcha. Yo me dirigí a la puerta y la cerré, interponiéndome en su camino. El resto de los presentes no había abierto la boca para apoyar a uno o a otro. Julián levantó el arma, quitó el seguro y me encañonó. La puerta sujetaba mi espalda y el cañón de la escopeta empujaba mi estómago. Tuve miedo. El fulano no parecía estar en sus cabales. Me volví despacio sin dejar de mirarle, abrí la puerta de la sala de espera y me hice a un lado. Cuando salía, me abalancé sobre él, le arrebaté la escopeta de las manos y la lancé lejos. No se lo pensó, se arrancó hacia mí como un toro y los dos rodamos sobre el andén. Los golpes que acertábamos a dar se ahogaban sobre la ropa de abrigo sin hacer el menor daño. Tras varias vueltas, uno sobre otro, a patadas logré separarme de él. Buscó el arma con la mirada, la escopeta estaba sobre las traviesas de la vía, equidistante de ambos. Los dos corrimos hacia ella; él fue más rápido. Fuera de sí, con ojos desorbitados encaró el arma. Nos separaba el ancho de la vía. El disparo sonó como un cañonazo en las entrañas de la noche.

Había dejado de nevar. No tardaría en amanecer. Julián dejó caer la escopeta de las manos y se desplomó sobre mis brazos; el cañón del mosquetón todavía humeaba en manos del joven guardiacivil de Alcañices. Deposité cuidadosamente el cuerpo en el suelo. Los dedos sobre la carótida me confirmaron que estaba muerto. Julián quedó allí tumbado, paralelo a las traviesas de la vía, con la cabeza junto a uno de los raíles y la suela de las alpargatas pegadas al otro.

C i n c o

ME LLAMO Matías, tengo casi veinte años. Nací en León. Mi padre siempre decía que era tierra de hombres fuertes y rudos, no es mi caso; soy delgado, un poco más bajo que la mayoría de los muchachos de mi edad. Me gusta la poesía y la música. No me gustaba trabajar en el campo así que me metí de fogonero en la Renfe, el oficio menos apropiado. El primer día que el maquinista abrió el fogón, salté de la locomotora aterrorizado. Con carbón inglés atizo, en mis fantasías oníricas, el fuego eterno del infierno con el que el cura de mi pueblo nos asustaba. Ahora parto hacia Alemania en compañía de dos amigos. Un guardiacivil medio portugués y un maquinista asturiano que tiene manos que parecen herramientas. Son amistades recientes pero creo que de buena aleación. Todavía no sé cómo pudimos llegar a Soria salvos. Después de los acontecimientos de Torralba, el puesto de mando nos ordenó seguir con el tren. El guardiacivil que nos acompañaba quedó en la estación esperando a la autori-

dad local. A pocos kilómetros de adentramos en un túnel tramontano, las ruedas de la locomotora empezaron a patinar. La Mikado resoplaba sin apenas avanzar. La cabina se llenó de humo. La presión empezó a descender. Mario, con los ojos ensangrentados, me ayudaba a echar carbón al fuego. Me ordenó que soltase arena sobre los raíles para contrarrestar la humedad que rezumaban las paredes de aquella gruta. Cuando supo que los areneros venían vacíos, no quedó antepasado de Leciñana que escapase a los escatológicos epítetos con que la feroz lengua del maquinista asturiano les obsequió. No dábamos abasto. Cuando se acabó el carbón desmenuzado, Mario arrojaba briquetas enteras a la boca de la fiera. Veinte minutos después caí extenuado. Los ojos me escocían y los brazos se negaban a levantarse. Mario seguía incansable. Las bielas de la Mikado lloraban su incompetencia con un chirrido agónico. «¡Zapata! busca al jefe de tren y que no deje entrar el humo en los coches de viajeros» me ordenó. En el camino lo encontré tratando de tranquilizar a los asustados pasajeros. Después, con el esfuerzo sobrehumano de Mario, al que ayudábamos en la medida que nuestras fuerzas lo permitían, logramos sacar el tren de aquel agujero en el que bien pudimos perecer.

Todavía he de contar que entre Quintana y Navalcaballo, es decir, poco antes de llegar a Soria, el tren cogió velocidad excesiva en una pronunciada bajada como consecuencia de que más de la mitad de los vagones iban sin frenos. Me quedé a cargo de la máquina mientras el jefe de tren y el maquinista, coche por coche, fueron accio-

nando el freno de mano individual en aquellos vagones en que era posible hacerlo, ya que si entrábamos en las agujas a velocidad inadecuada, el tren descarrilaría inevitablemente. Al no disponer de frenada homogénea los vagones chocaban entre sí y alguno se partió por el centro quedándose sujeto por la estructura de base y perdiendo parte de la carga. En esas lastimosas condiciones llegamos a Soria de amanecida. La atronadora voz de Mario al teléfono de la oficina del jefe de estación, podía oírse desde el embarcadero deportivo del Duero, despachándose a gusto con el jefe de circulación y denostando al intocable puesto de mando de Madrid.

Tras aquello, no tuvo otro remedio que abandonar el servicio.

E p í l o g o

—¿SABÉIS CUÁNTO medía Julián? —echando un pitillo en la plataforma del furgón de cola, mientras España se iba quedando atrás, los dos hombres se miraron sin comprender a qué venía la pregunta que Mario les acababa de hacer. Él mismo se ocupó de contestar—: como el ancho de nuestra vía: uno sesenta y siete.

Notas:

(1) Base de locomotoras y de personal adscrito a ellas, en las que se efectúan tomas y dejes de servicio, reparaciones, reconocimientos primarios, etc.

(2) Tren compuesto por coches de viajeros y vagones con mercancías.

(3) Locomotora-cabeza-*tractora* que desarrolla mucha fuerza y poca velocidad, destinada al arrastre de otras locomotoras y vagones, para realizar maniobras.

(4) Lugar del andén o lanzadera en que la locomotora se engancha al tren.

(5) Nombre de la locomotora.

(6) Depósito incorporado a la locomotora o enganchado a ella, que lleva el combustible y el agua necesarios para alimentarla durante el viaje.

(7) Nombre de una división de trabajo que se ocupa de reparación y mantenimiento de las vías.

(8) Lecho de material pétreo que se tiende sobre la explanación de la vía para asentar y sujetar sobre ella las traviesas, y cuya función es evitar que la vía se mueva y contribuir a la distribución del peso de los trenes.

(9) Herramienta manual consistente en una barra con una bola de acero en un extremo con el fin de que al apoyar el otro extremo aumente su inercia, *ripando* vía por golpe o haciendo palanca.

(10) Operación consistente en agregar o segregar vagones para formar o descomponer un tren, clasificar o desplazar vagones de una vía a otra, para dejarlos en el orden y lugar convenientes. Servicio poco remunerado ya que no se complementaba con primas (kilometraje, puntualidad, peligrosidad, prolongación de horario, etc.).

(11) A las monedas de cinco y 10 céntimos y se las conocía como perra chica y perra gorda.

(12) Señal previa, aviso de proximidad a una estación o nudo ferroviario.

(13) Señal de entrada (vía libre, parada, precaución...)

